

Análisis de la Universidad

Saúl Taborda

Publicado en *Revista de la Enseñanza*,
revista quincenal de estudios
primarios, secundarios y universitarios.
Córdoba, agosto de 1932.
Año I, número I, págs. 16-17-18.
Director: Francisco Jurado Padilla
(del archivo personal del señor
Sergio R. Díaz)

ESTUDIOS • Nº 6
Junio 1995 - Junio 1996
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Aun cuando la universidad hubiera logrado posesionarse con plenitud del significado que ha ido asumiendo el trabajo desde la ascensión del espíritu democrático en el mundo –y es justo reconocer que más de una vez se ha acercado a él– yo creo que no habría bastado con esa conciencia para realizar una obra seria y fecunda. Se lo hubiera impedido su propia estructura en la cual se frustró la iniciativa de la extensión universitaria.

La Universidad es un producto decantado por siglos de historia. Como *universitas* de maestros y estudiantes, logró, en el Medio Evo, una culminación que no ha alcanzado después, gracias a su perfecto acomodamiento a la unidad de problemas de aquella época. Tuvo en sí, reducido a líneas de solidez impecable, el *totum* espiritual del orden que le dió nacimiento. Como tal, careció de finalidad específica.

Sus dificultades comenzaron con el estado de cosas advenido con la revolución de 1789. La burguesía que propugnó los dos grandes principios del nacionalismo y la idoneidad, provocó, como consecuencia inmediata de ambos principios, la formación de la burocracia. El Estado absoluto hizo de esta una clase de funciones determinadas y acentuó la necesidad de instruir la de acuerdo a la tarea que le quedaba asignada. Desde este momento, la esencia de la *universitas* comenzó a sufrir modificaciones sensibles. Pues, en cuanto tuvo que hacer con la preparación de los funcionarios, necesitó introducir un “para”, un fin prefijado, en una estructura caracterizada por la ausencia de fines.

Nuevas exigencias crearon nuevas profesiones. La vida económica reclamó la formación de servidores idóneos, con un imperio tanto más apremiante cuanto más se acrecentaba su actividad. La industria, el comercio y la técnica multiplicaron así los institutos *profesionales* con fines propios, cada vez más diversos y especializados. La agronomía, la medicina, la veterinaria, el co-

mercio, la minería, la electricidad, la mecánica, la industria, la geodesia, las artes aplicadas, la jurisprudencia, todas las manifestaciones económicas tuvieron sus institutos particulares y todos estos institutos entraron a depender, de un modo u otro, de la Universidad. Naturalmente, la Universidad se defendió de la intromisión que significa la ingerencia de un fin inmediato en su esencial carencia de fines. Conocemos la actitud que asumió para ello en todos los países occidentales,¹ particularmente en aquellos en los que era más acentuado su carácter medioeval. Humboldt y Fichte propugnaron una universidad basada en una ciencia filosófica-humanista y excluyeron de sus funciones la enseñanza profesional; pero no pudieron impedir que las escuelas de Veterinaria, de Comercio, de Agronomía, etc., integraran la Universidad, disimuladamente, al principio, con desembozo, después. Recuérdese con qué precauciones y cautelas se adunaron a nuestros organismos universitarios las Facultades de Veterinaria y Agronomía y las de Comercio: fué necesario revalorarlas con el oropel del doctorado para elevarlas de rango.

El acontecimiento, que se cumplió en paridad de condiciones, en todas partes, inició la segunda fase del proceso a que se ha visto sometida la ciencia en su relación con la vida, y a cuyo proceso Th. Litt ha dedicado uno de los más profundos análisis que conozco.² Fué la fase del positivismo. La visión de la totalidad de la ciencia y la realidad, comprendido el Estado, la sociedad y la cultura, cedió su puesto a la preocupación por el hecho descriptible, mensurable y verificable. La ciencia se hizo “positiva” y, rehuyendo todo presupuesto metafísico, se concretó a la pura investigación dentro de límites prefijados al hacer metódico. A medida que las disciplinas particulares se dividieron el dominio de la actividad científica, desmenuzando el objeto y afinando los métodos, se fué debilitando y perdiendo la idea de la unidad del saber a virtud de la propia multiplicación de materias y métodos.

Postulados como el de la plenitud de la personalidad y el de la totalidad de la cultura, eran incompatibles con la necesidad teórica vigorante. Las fuerzas vitales no jugaban ni podían jugar rol alguno en el dominio del saber. De ahí que amenazara con desaparecer la propia unidad de la vida.

Presionada por las circunstancias, la Universidad asumió la misión profesional. La asumió sin poseer el espíritu de la escuela profesional. De esta manera, se sometió a la multiplicidad de los fines profesionales, y, sin renunciar a su antiguo sentido, se convirtió en una suma de escuelas. ¡Una suma de escuelas con pretensiones de *universitas*! Ya en 1892, Jean Izoulet, denunció este estado de cosas –cuyas causas atribuyó a la constitución universitaria de Napoleón– y lo describió con palabras sin esperanzas. Según él, el bachiller acude a la Facultad en procura de un diploma, que quiere adquirir en el más breve plazo posible, para ejercer durante treinta años, o más, la rutina lucrativa de la consulta. Ahógase, así, el espíritu científico bajo la costra del utilitarismo profesional. “Las carreras liberales de nuestro país –escribía– están llenas de prácticos distinguidos, de técnicos eminentes, pero bajo su saber especializado no pal-

1.- *Investigaciones Pedagógicas*, T. I, Univ. De Córdoba.

2.- *Erkenntnis und Leben*, 1923.

pita ni circula ninguna profunda vida espiritual”.³ En aquel entonces era ya un hecho palpable la influencia disolvente del profesionalismo en la estructura universitaria. Lo era no solo en Francia, sino en todas partes. Hablando del estudiante alemán, dice Max Scheler que, afanado por obtener una profesión para trabajar y ganarse el pan, considera la formación general como una “nota” indiferente a su estudio profesional.⁴

Cierto es que, no obstante el auge avasallador del profesionalismo, la Universidad no perdió de vista otras funciones selectas. Por mucho que concediera al cometido que le vino impuesto por las condiciones históricas, reservó para sí también la tarea de conservar y transmitir los bienes logrados por el saber y la cultura, la investigación conducida metódicamente y la penetración espiritual de las capas populares.

Pero justamente de aquí, de esta pretensión de condensar en un solo instituto la política cultural es de donde han derivado las intensas divergencias y contradicciones que la han conducido a la crisis de nuestros días.

Por lo pronto, no se concibe cómo puede operarse el incremento de la investigación en una escuela preocupada por el aspecto profesional. Se trata de dos tareas que, fiadas a un mismo instituto, resultan contradictorias. Nuestra experiencia instruye bien de lo difícil que es la coexistencia de ambas funciones. Aún en aquella Universidad de cuño medioeval, como es la de Córdoba, ha sido forzoso decidirse por el mero profesionalismo. La última materia originaria que se conservó en su plan de estudios -la Teología- fué mantenida con fines profesionales, como derecho público eclesiástico, hasta el día que la concepción positiva de la ciencia excluyó de la teología el contenido religioso. Y si, en razón de que las condiciones nativas no parecieran suficientes a aclarar la incompatibilidad enunciada, ahí están la experiencia francesa y la experiencia alemana. “Práctico, práctico, he aquí lo que quiere ser un estudiante, lo más pronto posible y el más largo tiempo posible”, exclama Izoulet. Max Scheler, a su vez, analiza el contraste en las universidades alemanas. De un lado, el investigador se encuentra recargado con las materias que una escuela profesional debe comunicar a sus docendos; del otro, debe mantener la investigación. Ambas funciones le exigen una vida doble. Si, como profesor, no le es lícito decir: “No lo sé todavía”, y, por ello debe masticar cosas que le son aburridas, en lo que pierde y malgasta sus fuerzas, como investigador, se malogra. Se perjudica al investigador y al profesional. Se perjudica la formación misma del profesional y el investigador. Pequeños sabios sin contacto con el mundo, vacíos intelectualistas, salen periódicamente de la Universidad. De las Universidades europeas, que de las nuestras, “peor es meneallo”...

Pero el defecto capital que Max Scheler advierte en la estructura universitaria es el violento contraste existente entre la actividad profesional y la de la investigación, por una parte, y la formación espiritual superior de la personalidad por la otra. Pospuesto por las exigencias económicas del tiempo el ideal de amplio y pleno panteísmo filosófico condensado en las palabras de Goethe. “Quien posee ciencia y arte, posee también religión”, desapareció toda posibilidad de una preparación general destinada a

3.- *L'Âme Française et les Universités Nouvelles*, A. Colin, 1892.

4.- *Die Wissensformen und die Gesellschaft*, Universität u. Volkshochschule, pág. 500, Neue Geist, 1926.

impedir que la limitación de la profesión mutile la visión de la universalidad, y a dar contenido a la profesión misma para que el empleado no se sienta un mero resorte de la maquinaria estadual, para que el comerciante no se aferre a otra cosa que al interés inmediato de sus negocios.⁵ La Universidad ha reclamado para sí la tarea de la formación general sin apresurarse a crear un instituto adecuado a esta función y sólo ha conseguido romper la relación entre el profesionalismo y el sentido humanista.

Es un hecho que cualquiera puede verificar. Nuestra Universidad constituye una prueba incontrovertible de esta situación. Ha abandonado por completo la formación general hasta el punto de que la propia noción de la personalidad es algo que, para ella, carece de un significado preciso. Aún en las producciones de aquellos que escriben sobre reforma universitaria se advierte la ausencia de conceptos determinados, a este respecto, mientras cobra relieves inesperados el afán de casar la investigación con lo profesional considerados las dos únicas actividades dignas de una reforma. Hemos carecido siempre de espíritu filosófico. Pero esta carencia, que es, en cierto modo, excusable en un pueblo joven, es un mal general que procede del estilo de toda una época. Las ciencias particulares y las profesionales han sometido a servidumbre a la filosofía. ¡Nada de extraño tiene el que las investigaciones constructivas de un Husserl y un Scheler necesiten remover, como tarea previa, las concepciones centrales del mundo creadas con una notoria exageración, por las ciencias particulares. Hace más de un siglo que la filosofía, la historia, la literatura y el arte han perdido su valor formativo. ¿Cómo ha de poder cumplir la Universidad su función esencial? Formación espiritual significa no el incremento de una cosa que crece lentamente en la historia, no el cumplimiento de acuerdo a un método sino la configuración del alma del hombre: hacer fructífero el conocimiento para el crecimiento y la formación del hombre, no para su placer y satisfacción sino para la persona espiritual que está en él.⁶

La actual Universidad no está capacitada para las diversas funciones que se atribuye. Ni la profesional, ni la de investigación, ni la de la formación espiritual pueden ser llamadas por ella. ¿Qué decir de la que se refiere a la difusión de los bienes culturales en las capas populares?

Aquí volvemos a encontrarnos con el tema escogido para iniciar esta investigación. Se ha visto ya la manera fructífera en que se ha realizado esta tarea por parte del organismo universitario. Conocida la estructura de este organismo, queda explicada la causa decisiva de su fracaso. El estado anárquico de las disciplinas particulares ha cavado un abismo insalvable entre el saber y la vida. Enseñeadas de la Universidad, dichas disciplinas han relegado a término secundario todo contenido vital. La extensión universitaria, en lo que acusa una conciencia de este fenómeno, proporciona una pálida idea de la violencia de tal escisión. Si los estudiantes universitarios propugnan todavía dicha extensión, lo es justamente porque toda su actitud se presenta teñida de flujo vital. Por ellos vuelve por sus fueros la vida misma. ■

5.- Max Scheler, op. cit., 499.

6.- Id., op. cit., 501.